

dían á París. Cubiertos de anchas capas cuyos pliegues los ocultaban del todo y con los sombreros echados á los ojos; no había que dudar mucho sobre su calidad. Eran evidentemente dos soldados españoles pertenecientes á uno de los regimientos de esa nación que sostenían en la capital los señores del parlamento ó el partido de los príncipes.

Era de noche, y saliendo la luna de entre las nubes, que la ocultaban; esparcía sobre la tierra una dudosa claridad. Llegados á una media legua de París, y no lejos de una casa de triste apariencia, casi en ruinas, los jinetes se detuvieron.

Un soldado vestido como ellos se aproximó misteriosamente al que iba delante.

—¿Quién os envía? le preguntó en español el caballero.

—El que habita en la Cité y mira á Santa Genoveva.

—Bien: ¿La contraseña?

—«Enrique y Bayona», respondió el infante no sin dirigir á todas partes una mirada desconfiada.

—Hé aquí la respuesta prometida, dijo á su turno el caballero dándole una bolsa que tenía un sonido argentino.

—Gracias, señor, dijo el soldado volviéndose á las ruinas.

Los ginetes siguieron al trote y se presentaron á la puerta de entrada de la ciudad, que Luis XIV debía reemplazar más tarde con el arco de triunfo que pertenece hoy al arrabal de San Martín. Esta puerta estaba cuidada por una docena de vecinos armados de picas y de mosquetes, á los cuales dieron la contraseña que hemos visto les acababan de vender.

El jefe del puesto avanzó hácia los que llegaban y

colocó con bastante rudeza una linterna, de que iba provisto, en el rostro del primero que tenía delante.

Este tenía una figura bastante despreciable, y como sus facciones estaban en armonía con su traje, el digno capitán, porque era nada menos que M. Pluchet, pasó á la inspección del segundo personaje.

La linterna alumbró un verdadero rostro de raitre, rudo y branceado en el fuego de las batallas y en el humo de las tabernas, marcado por la intemperancia y los excesos, y cuyos ojos no podían soportar la luz de la linterna.

—Déjadlos pasar! dijo M. Pluchet con aire de importancia.

Uno de los postigos de la puerta se abrió y los dos ginetes penetraron en la calle de San Martín. Bien pronto dieron vuelta á la calle de los Osos, después á la de Quincampoix, en la cual el zaguán marcado con el número 26 se encontraba abierto de par en par, no obstante lo avanzado de la hora.

Si se recuerda qué casa era ésta, se verá que era la que tenía escrita el sobre de la carta encontrada por Artagnan en la bolsa del traje del senador veneciano. Es más que probable que no sin objeto estaba abierta la puerta de aquella casa, y cuando los dos ginetes que hemos visto venir por el camino de Flandes hubieron entrado, la puerta se cerró.

El amo de la casa se deshacía en saludos ante aquellos caballeros, no sabiendo á quien dar la preferencia; pero cuando vió que el soldado de rostro grosero pasaba antes que el otro para entrar al comedor, donde estaba preparada una comida poco abundante aunque bien condimentada, cuando observó que aquel se sentaba primero invitando á su compañero á hacer lo mismo

mo, reservó para él todas sus atenciones y sus más amables sonrisas.

—Y bien, Besmeaux, qué decís? preguntó uno de los convidados al otro, durante la ausencia del buen hombre.

—Digo, monseñor, que todo lo que nos ocurre no es creíble ni imaginable y que yo mismo, estando delante de vos, no puedo reconocer bajo la costra de pintura que tan bien aplicasteis á vuestro rostro.

—Según eso pensáis, puedo aventurarme por las calles de París?

—Oh! ciertamente. El buen Denis os ha visto cien veces en Louvre, y no os reconoce ahora.

—Chut?... ya está aquí.

Los dos convidados hicieron honores á la comida. El que parecía el amo se apresuraba para concluir pronto y antes de un cuarto de hora se levantaba de la mesa y se ponía los guantes y el sombrero.

—Señor Denis, vuestra casa tiene una puerta que da á la calle de San Martín, no es verdad?

—Sí... señor, respondió el interpelado tomando una linterna encendida.

—Conducidme á ella.

El vecino hizo atravesar muchas cámaras á su huésped, y después un patio estrecho. Sacó una llave de la bolsa, abrió una puerta, y una bodega de especias se presentó con todos los olores penetrantes que despide esa clase de comercio.

El soldado dudó entrar allí, pero su conductor lo tranquilizó diciendo:

—Es mi yerno quien tiene esta tienda y está durmiendo.

Pasaron, y el soldado se encontró bien pronto en la calle de San Martín. Una vez en el puente de Nuestra

Señora, distinguió una especie de puesto que parecía guardar la Cité, tomó un aire en extremo marcial y avanzó entonando con un acento español mareadisimo una de las más crueles "mazarinadas" que recorrían las calles.

Adios, consejero supremo,

Adios, destructor de cuaresma,

Adios, peste de carnaval.

En este momento estaba á veinte pasos del puesto, y volvió á comenzar su canto!

Adios, tío de los mazarinatos,

Adios, padre de los titiriteros....

—¿Quién vive? gritó una voz clara.

El soldado siguió cantando:

Adios, espíritu bellaco,

Adios, gentil ciliciano,

Adios, condenado italiano....

—¡Eh! amigo, dijo el centinela encarándose delante del soldado, ¿sois acaso ciego y sordo?

—¡Ah! perdón señor; pensaba en mis amores, respondió como sobresaltado el soldado en un acento español.

—¡Oh! un extranjero, dijo el centinela.

—Sí, señor, respondió el soldado español, para ser-yiros.

—Entonces, ¿sois de los fieles?

—¡Viva M. Condé!

—¿Teneis la contraseña?

—¡Pardiez! ¿cómo qué contraseña?

—Sois digno de servir en los guardias, señor centinela; teneis la vigilancia del dios Marte en persona, "Enrique y Bayona."

—Muy bien; pasad.

—Gracias, señor vecino.

Y el soldado tomó un andar imponente, aventurándose en la Cité y haciendo resonar el pavimento con sus espuelas y golpeando las paredes con su espadón. Atravesó así el trío de Nuestra Señora y se presentó ante el arzobispado, cuya puerta estaba abierta.

Serian las diez de la noche, y no se sorprendió de encontrar muchas carrozas en el patio, pero lo que sí le admiró un poco fué no ver cómo esperaba una cumulación de tropas en aquel sitio que en su concepto era una plaza de guerra.

Media docena de vecinos y otros tantos soldados lo ocupaban.

El centinela le dejó entrar, siempre exigiéndole la contraseña y se dirigió á las habitaciones de la casa por un ángulo del patio donde se encontraba una puerta entreabierta.

La empujó, y no obstante la obscuridad que allí reinaba, puso el pie sobre el primer escalón de una escalera de caracol y la subió resueltamente, aunque latiéndole el corazón con fuerza.

Cosa de cincuenta escalones subiría y se detuvo en una meseta. Sobre ésta había una puerta á la cual llamó con tres golpes pausados y dos seguidos. Inmediatamente se abrió la puerta.

El soldado se encontró en un oratorio ricamente adornado, se quitó el ancho fieltro que lo cubría y saludó bien ligeramenta al cardenal de Retz, que fué quien lo introdujo allí.

—¡Vuestra Eminencia es exacto! exclamó éste inclinándose.

El soldado español, que no era otro que el cardenal Mazarino, se sentó en un sillón, y á su invitación el coadjutor hizo lo mismo quedando frente á frente.

Hubo un momento de silencio, durante el cual se oyó detrás de una puerta cubierta de una tapicería elegante, un murmullo semejante al que produce una numerosa asamblea.

Mazarino no manifestó inquietud, pero su mirada se dirigió más de una vez hácia aquel lado durante el curso de la entrevista que las dos Eminencias tuvieron esa noche.

El coadjutor, desde el momento en que se convirtió en el cardenal de Retz, no era más que uno de los reyezuelos del París insurreccionado; sus diferencias con los príncipes, aunque apaciguadas, habían dejado huellas bien marcadas en su espíritu, porque su odio no podía extinguirse.

Había reconocido, pues, que si Mazarino y la reina de Austria eran para él enemigos implacables, de parte de éstos tenía mejores elementos y esperanzas para la realización de sus ambiciosos deseos.

El príncipe de Condé, que estaba escoltado por una numerosa y bélica nobleza, se había hecho muy buen lugar con el círculo que rodeaba al coadjutor y no le había perdonado sus sarcasmos; pero la ventaja obtenida en el combate del arrabal de San Antonio por la facción de los príncipes debía volverse contra ellos mismos.

El coadjutor supo convencer diestramente al vecindario de París de la insolencia de aquella juventud ardiente que tomando á París por un país conquistado, le hacía e teatro de los escándalos que tan generalmente contribuían á la miseria general que se experimentaba en todas las clases y hacía muy problemática la restauración de la tranquilidad pública.

Los vecinos y el pueblo comenzaban á quejarse furiosamente de la dominación de los príncipes, y aparto

de algunos fanáticos que habían tomado su papel por lo serio y que querían á todo trance seguir jugando á soldados y que formaban la parte militar de la ciudad con las tropas, se sentía soplar dulcemente el viento de una próxima reacción.

Una vez sentados, y después de algunos minutos de recogimiento, Mazarino rompió el silencio.

—¿Dudaba acaso Vuestra Eminencia que yo viniera?

—No del todo. No obstante las precauciones que tomastéis para disimular esta expedición, precauciones admirablemente combinadas, supe vuestra salida de Buillón, sin ignorar tampoco vuestra detención en Pontoise, así como el mensajero que me enviastéis hizo un rodeo como si hubiera salido de Dammartin y no de Ruel.

—Hum, hizo Mazarino; ¿entonces es de sir que he estado expuesto á ser aprehendido?

—La cabeza de Vuestra Eminencia está puesta á precio.

—Es verdad, respondió el proscrito, pero dudo, y vos también seréis de mi opinión, monseñor, que se pueda pagarla en lo que vale.

—En efecto, los fondos están bien escasos. Las cajas nacionales están vacías.

—Preciso es que la penuria sea absoluta para que hagais esa confesión.

—No tengo la pretensión de deciros nada con ese respecto, cuando tenéis tan buenos informes desde vuestro destierro, monseñor, pero convenid en que por un millón muchos podrían arriesgarse.

—Algunos es posible; pero por eso sé de quien me fio.

—¡Eh! monseñor, en estos tiempos nada hay seguro. En este mismo salón, detrás de aquella puerta, hay en

este momento gentes de todas clases y de todos colores; oficiales, magistrados, paisanos, sacerdotes, gentes-hombres; pues bien, entre diez habrá apenas uno que en cuatro años no haya cambiado de opinión ó de partido. Los demás han sido unas veces del parlamento ó de los vuestros, del rey ó de los príncipes, míos ó de otro cualquiera, unas veces de todos, otras de ninguno, y ya veréis que con esos antecedentes no puede haber confianza. Sé de algunos oficiales que se han batido como leones en el arrabal de San Antonio en contra de los príncipes, que perteneciendo á regimientos estacionados actualmente fuera de Paris, van y vienen á la capital tal como si pertenecieran al partido de los príncipes.

—Todo esto es, en efecto, bastante extraordinario, replicó Mazarino sonriendo, y es posible que no salte á los ojos de los vecinos ó de los artesanos pensadores. Los príncipes, preocupados tan sólo con su ambición ó la de sus amigos, no piensan en la organización de los negocios, y por eso aguardo. Fuertes y valientes para trastornarlo y destruirlo todo, son impotentes para edificar. Todo está así. . . . ¿Nosotros decimos que los parisienses quieren ver al rey en la capital?

Como se ve, Mazarino abordaba francamente la cuestión. Por lo demás, el coadjutor y él desplegaban, desde hacía años, bastante diplomacia y suficientes intrigas para conocerse bien y apreciarse cada uno en su verdadero valor, y en consecuencia no tenían necesidad de embajes ni frases oscuras para entenderse.

Eran inútiles para ellos las perdidas actitudes y las falsas reservas que en el principio de una entrevista emplean por lo regular los negociantes para ayudarse en el desarrollo de su plan.

Esta ocasión, después de una correspondencia bien

extensa, cambiada entre las dos Eminencias, de Buillon á Paris y de Paris á Buillon—correspondencia que en virtud del «scripta manent» era forzosamente obscura—comprendió Mazarino que una hora de conversación daría resultados más positivos que todas las frases escritas por sus secretarios.

Sabia hasta qué punto habia caído Gondi en sospechas cerca de los príncipes que no podían perdonarle jamás su promoción al cardenalato, y por lo mismo no tenia que temer un cambio rápido.

Además, el coadjutor no era hombre capaz de dejarse deshanrar á los ojos de la posteridad cometiendo una acción infame, digna tan sólo de un bandido.

Fiado en todo eso, no vaciló en descansar en su palabra y afrontar el decreto expedido contra él, introduciéndose en la capital.

Lo importante para él era llegar á la Cité sin obstáculo: una vez allí, los paisanos armados deberian inspirarle menos temor que los soldados de los príncipes españoles ó franceses, puesto que el coadjutor habia conservado sobre ellos su poderosa influencia.

—La vuelta de la corte, replicó Gondi, es uno de esos sucesos con los cuales todos se han familiarizado de antemano, es un hecho cierto esperado; y el vecindario, sobre todo, no tratará de ocultarlo, hace descansar en él todos los proyectos que forma ó acaricia.

—¿Y qué piensan, según vos, los príncipes?

—Los príncipes no han reconocido lo necesario que es un cambio; pero procurarán por todos los medios imaginables impedir el triunfo de sus enemigos.

—¡Sus enemigos! dijo Mazarino sonriendo, es decir, el rey?

—No creo que lo consigan, respondió Gondi.

—Sin embargo, el rey de Francia fué obligado á de-

jar la capita: de sus Estados por no ceder á las injustas pretensiones de aquellos de sus súbditos que hubieran debido ser los primeros en dar el ejemplo de su misión.

—Vuestra Eminencia no debe ignorar que los príncipes han suplicado á Su Majestad regrese á París.

—Lo sé; pero no ignoro que Sus Altezas no han vacilado en proponer algunas condiciones.

—¿Cómo! ¿Vuestra Eminencia cree que no se aceptarán estas condiciones? preguntó Gondi.

—Antes me admiró de que hayan sido propuestas.

—¿Por qué, monseñor?

—Entendámonos bien . . .

—No quiero otra cosa; en cuanto á mí, Vuestra eminencia lo sabe.

—¿Los príncipes desean la vuelta de Su Majestad el rey?

—Sí.

—¿La de Su Majestad la reina?

—También.

—¿No se fijan en los nombres de las personas que componen el séquito de sus Majestades?

—Absolutamente.

—Pues bien, ¿qué quieren entonces los príncipes?

—Nada, pero debo decir á Vuestra Eminencia que el rey, ó por mejor decir, la reina, no parece muy satisfecha de las restricciones que se proponen.

—Sus Majestades usan del derecho de soberanos no aceptando ninguna condición.

—¿Entonces, monseñor, cómo pensais salir de esto?

—Es bien sencillo, dijo Mazarino.

—Me consideraré dichoso. Si Vuestra Eminencia se digna indicarme el medio.

—Borrad la condición y todo está hecho. Un rasgo

de pluma y todo acabé! Sin embargo, nunca os podré garantizar el olvido.

—Dudo que los príncipes consientan.

—Tanto peor, porque formulándola, no han pensado que ofendían gravemente la majestad real, puesto que se han atrevido á imponerle condiciones.

—No debe ignorar Vuestra Eminencia los esfuerzos que he hecho para intentar que los príncipes renuncien á sus proyectos.

—Hablemos claro. Esa condición se reduce á que el cardenal Mazarino no venga con Sus Majestades?... preguntó sonriendo el cardenal.

—Sí, monseñor, respondió el coadjutor suspirando.

—Pues bien, el cardenal Mazarino está ya desterrado, qué más queréis?

—¿Yo, monseñor? yo no quiero nada.

—¿Pues qué quieren los príncipes mis enemigos?

—Quieren la certeza....

—El rey no ha levantado, según creo la orden que me desterró, fechada el 12 de Agosto. Que los príncipes se cuiden bien! mi destierro ha hecho desaparecer cualquier pretexto de disturbios, y la oposición que ahora no es en realidad sino parlamentaria, puede convertirse en una rebelión política.

El coadjutor se sonrió como si ya se hubiera hecho esta reflexión.

—Ahora, añadió Mazarino, cada uno es responsable de la guerra que se empeñe cuando no hay un pretexto ostensible.

—El vecindario y el pueblo están ya fatigados en efecto.

—¡Vive Dios! exclamó Mazarino, si se acordara al príncipe de Condé todo lo que pida, no habría más que llevarle á consagrar á Reims!

El coadjutor sonrió.

—¡Oh! no crea Vuestra Eminencia que el rey piense en derogar su orden, pero convenid en que no puede volver á París con condiciones.

—No vaya á creer Vuestra Eminencia que me hago en este negocio el intérprete de los príncipes! exclamó Gondi.

Mazarino conocía muy bien el odio que el coadjutor profesaba á los príncipes y particularmente al de Condé, quien según se sabe, había querido hacerle asesinar en pleno parlamento. Mazarino, pues, no necesita de aquella protesta. El coadjutor no trabajaba sino por su cuenta, y algún tanto por la de monseñor Gaston, tío del rey, el pusilánime é indeciso teniente general del reino.

—Veamos, señor coadjutor, dijo Mazarino, no avancemos demasiado en nuestras negociaciones. Dejemos aparte á los príncipes y hablemos del rey.

Mazarino sabía muy bien que en aquel momento el príncipe de Conti estaba en los salones del arzobispado, donde habia una reunión numerosa, pero afectó creer que la autoridad del coadjutor se extendia igualmente á aquel príncipe, muy mal ya con su hermano.

—Monseñor, el rey será recibido con aclamaciones de su pueblo, dijo M. de Gondi.

—¿Estáis seguro?

—Esto me corresponde á mí.

—Bien.

Mazarino permaneció un momento pensativo.

—Hablemos de vos ahora, dijo sonriendo.

Gondi hizo un gesto de disgusto que no pasó desapercibido al cardenal.

—¡Vuestra Eminencia, continuó Mazarino, tiene, si no me engaño, deudas crecidas!

La popularidad cuesta bien caro, respondió Gondi bajando los ojos como un hombre que considera debe ser comprendido por otro tan fino como él.

Pero Mazarino quiso sin duda tomar esto por un epigrama, porque frunció las cejas y murmuró:

—Si yo hubiera sido menos económico, no estaría desterrado... ¿no es esto lo que ha querido decirme Vuestra Eminencia?

El coadjutor protestó con la mirada contra toda intención maligna. Por lo demás, Mazarino había venido para negociar, y en consecuencia resolvió pasar por muchas cosas. Además, no podía olvidar que estaba en poder de su antiguo enemigo, y que los salones del arzobispado debían encontrarse llenos de enemigos para él.

—Vuestras deudas serán pagadas, dijo el coadjutor, cualquiera que sea la cifra á que asciendan. Por esto debéis juzgar si las cosas se hacen con largueza.

Gondi miró al cardenal de una manera que podía interpretarse por un *después* que hizo reír á Mazarino. La otra eminencia participó desde luego de aquella hilaridad.

—Después, añadió Mazarino, pedir su protección á mi sucesor. Sí, tengo el proyecto de retirarme á Roma para acabar sus días.

Sólo que quiero ser útil todavía aunque sea desde lejos, al noble país que me ha elevado. Hecho otra vez italiano, y con el apoyo de la Francia, se puede pretender un destino aceptable después de haber gobernado esta misma Francia.

—¿Y quién sucederá al cardenal Mazarino en el cargo de primer ministro?

—El mismo prelado que, siendo simple coadjutor de la sede de París, ha querido ocupar ese puesto dos ve-

ces. Resultado que se vislumbra de las intregas de los príncipes.

El coadjutor había tocado tan de cerca el ministerio dos ocasiones diferentes, que una vez en Roma Mazarino, la cosa sería no sólo posible sino inevitablemente segura. Se levantó, y fué á tomar la mano de su enemigo y la llevó á sus labios.

—Salud á Julio IV, dijo.

Mazarino se levantó á su vez con toda la majestad y grandeza de un soberano pontifice.

—¿Ahora, dijo, puedo volver á Bouillon?

—Sí, monseñor.

—Entonces, permitidme enviar un correo á Pontoise. ¡Oh! esto es bien simple, creedlo.

Diciendo estas palabras, el cardenal tomó una de las dos bujías que ardían sobre la mesa, se aproximó á una ventana, bajo la cual corría el Sena, la abrió y presentó la flama haciendo alternativamente aparecer la luz en el centro de su sombrero.

Después volvió á colocar la bujía, tendió la mano á Gondi y se dirigió á la puertecita por la cual había entrado.

Gondi quitó los cerrojos de aquella puerta y Mazarino desapareció bien pronto en la obscura escalera.

En el momento en que Gondi, que había quedado pensativo por algunos instantes, é iba á entrar en los salones, oyó el ruido de una llave en la cerradura de la misma puertecita.

Se estremeció y se dirigió hacia aquel lado. La puerta giró sobre sus goznes y entró un caballero joven.

—¿Sois vos, Carlota? exclamó el coadjutor.

—Sí, dijo el caballero que no era otro que la señorita de Chevreuse, ¿no ha salido de aquí un hombre que he encontrado en la escalera?

—Algún servidor, sin duda, respondió el coadjutor, on aire visiblemente embarzado.

—Estáis seguro, monseñor?

—Bien sabéis que esa escalera conduce á las habitaciones de algunos lacayos de mi casa.

—Ah, es que ese hombre lleva una espada con la que me ha dado en los hombros al volver la cara.

—Entonces será algún gentil hombre alojado en pacacio.

—¿Creis, Paul? preguntó la señorita de Chevreuse con duda. Es que además ese hombre despedía cierto olor á Bergamota, bastante marcado.

—Vos estáis loca

—Perfume que una sola vez hé aspirado, hará cosa de un mes, pero que no se me olvidará.

—Qué ocurrencias tenéis.

—Recuerdo que eso fué una tarde que estaba en la casa de la reina con mi madre y madame de Motteville jugando á las cartas.

—¿Y bien?

—Y Mazarino que estaba cerca de mí era como siempre, mi adversario.

—Dios mio, Carlota, dejemos eso y no nos ocupemos más que de la feliz casualidad que nos reune. Os creía durmiendo.

—En efecto, ha debido haber un motivo poderoso para que yo haya dejado mi retrete.

—¿Cuál?

—Ante todo, decidme el nombre del gentil hombre que salió de aquí.

—De aquí nadie ha salido.

—¿De veras?

—Os lo juro.

—¡Oh! estos hombres de la iglesia. Pero ese olor...

convenid en que un olor suave perfuma todavía este oratorio.

—¡Otra vez, os digo que estáis loca!

—Está bien; entonces me voy.

—¿Os vais?

—Sin duda.

—¡Carlota!...

La señorita de Chevreuse, que ya estaba cerca de la puertecita, se volvió y miró á su amante frente á frente.

—Mazarino ha salido de aquí, ¿no es esto? dijo señalando la puerta.

—Pues bien... si.

El coadjutor hizo esta afirmación considerando que el cardenal había tenido el tiempo suficiente para alejarse.

—¡Estaba segura! exclamó ella, os han engañado!

—¿El engañarme?... ¡qué sabéis!

—¿Qué os ha prometido?

—Nada.

—Entonces, adiós, dijo Carlota.

Pero Gondi la retuvo por la mano.

—¿Qué ocurre Carlota? ¡hablad!

—¿Sabéis lo que os reserva la corte?

—No.

—La Bastilla ó Vincennes.

—No lo creo.

—Estoy segura, me lo dice el corazón. Ahora es preciso que escuchéis lo que voy á deciros. He tenido una visión y nunca me engaño.

—¿Una visión?... decid.

—Escuchadme. No negaréis que hay fenómenos que ofuscan la razón; éstos no son más que sueños, cuyo recuerdo queda apenas en la memoria confuso é inde-

ciso. Pero ahora como los patriarcas de la Biblia, Paul, he tenido una visión, os lo repito, y creedme.

El coadjutor levantó la cabeza y fijó su mirada en la señorita de Chevreuse no bien seguro de que conservara toda su razón.

—He visto, continuó ella, á un hombre armado con una coraza y espada en mano deteniendo por una de las borlas de su manto... á otro hombre vestido con una túnica roja. Después, ese hombre era encerrado en una fortaleza.

M. de Gondi sonrió é inclinó la cabeza.

—Monseñor, añadió Carlota, creed en el odio implacable de vuestros enemigos, sin atender á sus promesas, porque ese hombre detenido, ese prisionero de Estado; érais vos!

—Carlota, vuestro amor os exagera naturalmente los peligros que yo puedo correr; pero os lo afirmo, la corte se cuida bastante de mí para llegar hasta ese punto.

—Quien viva lo verá, entretanto, ¡adiós!

—¿Dónde vais?

—A salvaros.

—Carlota, quedaos, os lo suplico.

—No.

Y pronta como el relámpago, la joven se desasíó de los brazos de su amante, abrió la puertecita y se escapó.

—Carl.....

Pero el coadjutor se detuvo y cerró la puerta.

—Acaso tenga razón, dijo... ¡Bah no se atreverán!

Y entró en los salones con la cabeza erguida y seguro del porvenir.

La señorita de Chevreuse bajó de cuatro en cuatro los escalones de aquella escalera que conocía tan bien,

y llegó al patio del arzobispado. Se aproximó á un lacayo que estaba sentado en un guardacantón.

—¿Perteneceis á M. de Conti? le preguntó ella?

—Sí, señorito, respondió el lacayo.

—¿Entonces, aun está arriba monseñor?

—Sí, señorito.

Carlota sacó una cartera de sus calzones, y escribió rápidamente estas cuatro palabras:

«Mazarino está en Paris.»

Y después firmó.

«Carlota de Chevreuse.»

—Lleva esto á tu amo, le dijo, dándole una moneda de oro; pronto, que va en ello su vida.

El lacayo subió rápidamente las escaleras y desapareció.

Dos minutos después, M. de Conti dejaba el arzobispado y se hacía conducir á la casa de M. Barada.

IX

El día siguiente, es decir, casi á la misma hora en que se separaron el cardenal y el coadjutor, Artagnan salía huyendo como lo hemos visto de la taberna de las «Haudriettes». Se ocultaba en el ángulo del pórtico del convento de la Asunción y asistía al desfile de un grupo compuesto de catorce bandidos mandados indudablemente por su antagonista Sin Par y por su misteriosa visita de la mañana de aquel día tan fecundo en acontecimientos raros para el teniente.

Su curiosidad estaba vivamente excitada y marchaba á veinte pasos detrás del último de aquellos hom-



bres sofocando cuanto le era posible el ruido de sus botas, gracias al mal estado de las suelas, donde el pavimento era más raro.

Llegando al pueblo del Roule, un vigoroso silbido que partía del lado del río, y casi seguido de una luz vivísima, rápida y fugaz como el relámpago, se oyó á una distancia muy corta de la orilla. La cabeza del grupo, que se había detenido instantáneamente, dejó entonces el pueblo á su derecha, se aventuró entre los arrabales del Grand Cours cuyo nombre tenían en aquella época los Campos Elíseos, é hizo alto á cosa de mil pasos en el Cours la-Reine. Una vez desaparecido el último de aquellos hombres, el núcleo se había formado, y la mitad del grupo se escondió en una espesura y el resto en un foso.

Artagnan no pudo ver los pormenores de aquella maniobra, evidentemente inspirados por una estrategia combinada de antemano, ocupado como estaba del último hombre del grupo, el cual se dirigió en línea recta hacia el Sena, deteniéndose sobre el rivazo en el lugar que hoy ocupa el puente de la Concordia. Este movimiento le pareció sin duda de gran importancia por que se colocó á treinta pasos cuando más de aquel centinela avanzado, cubriéndose lo más posible detrás de un árbol.

Pero al paso que sus ojos se habituaban á fijarse en el mismo punto, Artagnan creyó ser el juguete de una ilusión óptica, de la que no podía darse ninguna explicación, el centinela parecía doble á sus ojos. Mientras uno de los cuerpos que veía se inclinaba á la tierra, el otro se alzaba sobre sus pies, y no era probable que una sombra hiciese evoluciones diferentes que las que producía el cuerpo real. Para distinguir dos hombres era muy lejos.

—De aquí partió sin duda el silbido, dijo el caballero. Diablo..... Habrá por estos alrededores otros canallas como aquéllos.

Esta reflexión dió por resultado aconsejarle la prudencia, y sobre todo la paciencia, porque tenía ya la tentación de echarse encima de aquel centinela, ocupar su lugar y esperar al acaso las consecuencias que podía traerle aquel golpe atrevido. Pero pensó con bastante madurez que si su resolución era bien fácil, siendo sólo un hombre ó dos, siendo más podrían cuando menos gritar y llamar en su ayuda, y el resultado podría ser muy comprometido. Además, era diestro en aventuras, y resolvió presenciar hasta el fin la comedia que se preparaba.

En efecto, el espectáculo debía verificarse allí: los

centinelas dirigían sus miradas con una insistencia tenaz al lado opuesto al resto del grupo, es decir, hacia el río.

Artagnan no estaba sin duda mejor servido que aquellos hombres: procuraba dilatar sus pupilas, pero la obscuridad de la noche no le dejaba percibir nada á lo lejos, ni del otro lado del Sena ni sobre las aguas tranquilas del río. Sin embargo, como la agitación de aquellos hombres para romper la bruma se aumentaba de minuto á minuto, el teniente hacía por su parte poderosos esfuerzos.

De repente una luz brilló á lo lejos hacia el centro del río y viniendo verdaderamente del puente Barbier, á dos pasos del de Bac; aquella luz, prontamente sofocada, no dejó ninguna duda á Artagnan. Era una señal semejante á la que se había dado antes.

Esa señal, producida por algunos granos de pólvora inflamados en la casoleta de una pistola, no podía engañar á ningún militar.

Evidentemente aquella señal era dirigida á los hombres colocados de centinela, porque uno de ellos dejó inmediatamente su puesto y se replegó corriendo hacia el sendero por donde desapareció poco antes el grueso del grupo.

Artagnan sentía mucho no poder ver lo que motivaba la señal y su paciencia se agotó del todo cuando reconoció que en aquel punto avanzado no había más que un hombre, el cual quieto, sin duda por el resultado del negocio, se había sentado ó agachado detrás de una piedra grande, en espera tal vez de un nuevo acontecimiento.

Artagnan tomó pronto su partido, se lanzó hacia aquel hombre rápido como el rayo y le asió de lo garbanta con fuerza.

El hombre articuló un débil gemido y se desvaneció ó poco menos, porque no opuso ninguna resistencia. En un abrir y cerrar de ojos el teniente le agarró, empleando para ello su propio cinturón le puso una mascarada en la boca, y una vez bien asegurado de que no tenía más que una masa inerte á sus pies, dirigió sus miradas al Sena.

Al cabo de tres segundos distinguió una barca que rápidamente se deslizaba sobre las aguas, merced á la corriente que la favorecía, en dirección al mismo sendero donde él estaba y que podía presentarse al desembarco. Además del remero, dos hombres ocupaban la barca.

El caballero se agachó entonces al hombre agarrado, le aplicó algunos golpes acompañados de juramentos y amenazas, y ocupó su arbol. Desde entonces tomó cierto aire de seguridad, y lanzó un suspiro y una ligera exclamación como se hace cuando se comienza á comprenderse lo que había apurado nuestra inteligencia.

La barca seguía avanzando, y estaba ya á diez brazadas de la orilla, cuando de un maciso de árboles situado no lejos de la puerta de la conferencia, desembocaron tres caballos. Sólo uno estaba montado, y su jinete era un hombre cuya capa, mal cerrada por delante; dejaba ver el acero bruñido de una coraza.

Por fin la barca tocó un montón de piedras, y los dos pasajeros se dispusieron á saltar en tierra.

Durante este tiempo el jinete había vuelto los caballos hacia ellos y les soltó las bridas. Montaron con rapidez y sin dar tiempo para nada, los tres tomaron el camino cubierto de árboles con dirección al sitio al cual se había replegado el centinela poco antes.

—Si no me engaño, se dijo Artagnan, creo encontrarme en un país conocido.

Y se marchó, siguiendo bien pronto sobre el rastro de los caballos, sin inquietarse para nada del hombre que dejaba detrás, satisfecho de haberlo agarrotado sólidamente.

Trataba como se vé de asegurarse de la calidad de aquellos tres jinetes, no sin procurar antes de aquellos de averiguar hacia qué parte del Cours-la-Reine se había dirigido la banda misteriosa de la taberna de las Haudriettes. Era tal vez curiosidad exajerada, pero la naturaleza de ciertos hombres es así: siempre pretende investigar el porqué y el cómo de todo lo que pasa delante de sus ojos.

Además de esto, podemos considerar á Artagnan de la raza de esas aves poderosas de anchas alas y afiladas garras que siguen las grandes aglomeraciones de hombres que se llaman batallones ó ejércitos, con la idea de satisfacer los deseos de sus acerados picos; con la única diferencia de que nuestro bearnés estaba provisto de una espada vigorosa.

Sin embargo, como no quería absolutamente ser visto ni por unos ni por otros, dejaba un espacio de treinta pasos cuando menos entre él y los jinetes.

Llegados á la parte más espesa á un sendero donde la altura de los árboles no permitía que la luna, oculta en aquellos momentos por una nube espesa, proyectara su luz argentina, los tres caballos que marchaban de frente se encontraron detenidos repentinamente de la brida.

El camino estaba rodeado de hombres, cuyas filas estrechas sostenían á los que asieron las bridas de los caballos; de manera que estos animales vivamente estimulados por las espuelas, quisieran arrollar á los que

le servían de obstáculo, pero se encontraron dominados del todo.

—¡Hola! dijo uno de los jinetes, ¿son ladrones ó soldados los que nos obstruyeron el camino.

—Ni lo uno ni lo otro, señores, respondió una voz que evidentemente venía de uno de los lados del camino, hacia el cual brillaban los destellos de una linterna sorda, enteramente debilitados.

—Entonces, ¿qué queréis?

—Imprimir que paséis; esto es todo.

Y tras estas palabras, los tres jinetes sintieron que manos vigorosas se apoderaban de sus piernas y procuraban hacerlos caer del otro lado; pero como si un jefe militar hubiera prescrito esta maniobra uniforme, cada uno de ellos sacó violentamente su espada y asestó sobre el cráneo del autor de aquellas maneras inconvenientes, un golpe terrible con el pomo.

A la vez hicieron retroceder y encabritar sus cabalgaduras, y los hombres que las detenían, siguiendo el impulso que no esperaban, perdieron el equilibrio, saltaron la brida y rodaron por el suelo.

Los bandidos volvieron á la carga, y no pensaban verdaderamente sino en cercar á los jinetes á fin, sin duda, de apoderarse de sus personas, porque éstos se encontraron de nuevo rodeados en todos sentidos; pero como los jinetes no tenían la misma idea y sólo aspiraban á desembarazarse de ellos lo más pronto posible, se pusieron á jugar la espada dando tajos y reveses á diestra y siniestra sobre los asaltantes. Bien pronto pudieron comprender á sus gritos que sus golpes daban solamente en el vacío.

—¡Por fin ha caído uno en tierra! pronunció una voz. En efecto, uno de los caballeros cayó de su caballo,

y mientras que cuatro brazos vigorosos lo detenían en el suelo, el de la linterna acercó la luz á su rostro.

—Este no es, dijo; que se le amarre bien y no se lo deje tirado.

Los bandidos no se inquietaron por el caballo, que libre de su amo, corría hacia París.

Pero al cabo de algunos segundos ese mismo caballo volvió sobre sus pasos con gran admiración de los asaltantes montado por un hombre con la espada en la mano y atacando furiosamente.

Los dos jinetes pensaron que uno de los bandidos se había apoderado del animal; pero á la luz de la luna que en ese momento lucía, vieron dar tantos y tan terribles golpes á todos lados, que recobraron la seguridad de que la caída de su compañero había sido momentánea.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

P
A
V